

Brindo por José María Amado

Controvertido, roto e idealista. José María tuvo que pedir perdón en vida y en muerte por haber pensado y por haber vivido, casi. José María ni siquiera presunto; el personaje que tenía un borrón en su expediente vital, el pecador que hizo, que fue y al que cualquiera se puede permitir juzgar sin más consideraciones que los ecos de la neblina del pretérito. Las defensas de un hombre son sus hechos y sus obras, sin embargo, José María tuvo que justificar cada paso, cada proyecto; ya se sabía...el borrón en su expediente, la santidad perdida, aquello que hizo, lo que fue.

Supongo que esta misma introducción me puede servir para hablar sobre un rehabilitado Manson, o un reinsertado criminal de katana y rito necrófago. José María no manchó de sangre sus manos y, a veces, en alguna tertulia más parecía que lo hubiera hecho; el borrón...lo que fue, lo que hizo.

José María Amado llegó a Málaga en 1931 de la mano de su padre, que vino para dirigir *La Unión Mercantil*, periódico conservador y monárquico de gran importancia en la historia de la prensa malagueña. En aquellos años revueltos, de ideologías extremas y poco seso político en general, José María abrazó el ideario que consideraba más progresista, el falangismo idealizado, el que superaría la sociedad de clases burguesa con el mono azul bordado de rojo, la organización de clanes familiares, y el sistema productivo lejano al beneficio empresarial y bancario. José María cometió el mismo pecado que Ezra Pound, José María Ridruejo, o quienes militaron de modo inocente en las filas comunistas o anarquistas. La juventud de los años treinta europeos quería cambiar el mundo, tuvo miedo a la libertad, y las opciones se tradujeron en senderos antidemocráticos, sanguinarios y dementes que, al final del círculo, se daban la mano. Pero José María...el borrón, lo que fue.

El mayor acto guerrero que acometió fue su huida a Gibraltar en un bote de remos, horrorizado porque contempló la realidad vomitiva de un fusilamiento; ahí, quizás, comprendió que su mundo se venía abajo, que la vida se rompía en mil pedazos muy difíciles de recomponer. Efectivamente, tras la sangre y las espadas, el exilio de sus grandes amigos Alberti y Bergamín, la destrucción con su simpleza de muerte, el paso firme y el país con ademanes guerreros en los carteles, la ventisca asolada de los campos, las familias teñidas de gris, y la sequedad para siempre en el alma, el corazón roto por tanto jirón sanguino.

José María, cuñado temporal y amigo de Alberti, sobrino político de Bergamín, descendiente de Arniches y de una familia de escritores y periodistas, decidió preservar lo que conocía; su única codicia vital, en aquellos años en que muchos se enriquecieron con la rapiña, fue incautar la *Imprenta Dardo*, la cabecera de *Litoral*, y salvar, de paso, la vida de sus trabajadores, aquellos de la huelga de Emilio Prados. José María el que hizo...el borrón; José María el que buscó defender el oro extraño de la cultura, la riqueza que no otorga dinero ni poder, pero afianza las raíces de quienes somos, de quienes fuimos. José María, en mitad de la destrucción, se acuerda de una imprenta, de un proyecto, de la memoria sagrada de los amigos; José María, su pecado.

No fue fácil la salida de *Litoral* al mercado literario en la España de mayo de 1968, pero con el empuje de F. Giner de los Ríos, Alberti y Bergamín -siempre sus amigos-, más el apoyo de Jesús Ussía, entre otros, vio la luz el *Homenaje a una generación trascendente*, con colofón de Ángel Caffarena y Alfonso Canales, con ilustraciones de Manuel Ángeles Ortiz y Darío Carmona. Este primer vagón de un largo tren que hasta hoy conduce a sus pasajeros, pretendía ser un aldabonazo que despertara a los lectores hacia la realidad cultural y, por tanto, política, que subyacía bajo el luto y pardo en que se había instalado la dictadura. Con el timón de José María, este buque insignia de las letras hispánicas, remozado y vuelto a las orillas malagueñas, llamó del

olvido a la obra de Rejano, de Alberti, de Picasso, de los perdedores y exiliados, de aquellos que aquí sólo eran cenizas bajo las botas de un demencial Imperio hacia Dios que no dudó en boicotear y secuestrar cuantos números de la revista pudo. José María, el idealista que se enfrenta al general con las armas que tenía: los tipos, la tinta y la memoria.

No movió el interés pecuniario a José María. *Litoral* navegaba siempre escorada por la falta de beneficios y de medios. La máquina marchaba con el apoyo de unos pocos suscriptores que fueron tratados como amigos personales en todo momento, pero que no eran suficientes. Por avatares financieros, incluso un banco tuvo que apoyar la labor de *Litoral* declarando un préstamo fallido, ya que le hubiera sido imposible embargar a un hombre que sólo tenía en sus bolsillos, ilusión, amistad y proyectos.

Nunca tuvo mayores ambiciones José María; ni siquiera la del renombre; ni la de enterrar consigo unas páginas que se agigantan con la perspectiva del tiempo: el rock, la poesía, la literatura femenina, los de allende del mar, Europa, los surrealistas; nada le fue ajeno a esta labor, ni siquiera el discreto cambio de timonel.

La gaviota, hogar de José María era vecina de *La gallarda*, refugio torremolinense de Aitana Alberti; por allí arribó en 1973 Carmen Saval, sobrina de Emilio Prados; gracias a la amistad que pronto le unió a José María, llegó al año siguiente a Málaga, Lorenzo Saval, joven poeta y pintor a quien José María integró en la familia literaria que era *Litoral*; que ya en aquellos incipientes años setenta, podía considerarse algo más que una revista respetada y con prestigio. En 1976, un collage de Lorenzo decoró la portada de *La poesía del exilio*, lo que fue el anuncio de una nueva estética que, con el tiempo, se fue consolidando, a la vez que José María iba cediendo sus funciones para dejarlas en manos de su hija María José Amado y de su yerno Lorenzo Saval, conforme transcurrían los años ochenta. *Litoral* nunca perdió el ambiente familiar y siempre estuvo abierta para apoyar y colaborar con quienes se acercaron a sus puertas, como Jesús Gallego, Miguel Gómez, José Antonio Mesa Toré, Pilar Salado o Ignacio del Río.

José María murió en 1999. Por fortuna, pudo ver su obra consolidada, madura, con una estética y contenidos que la califican como una de las mejores revistas literarias españolas, y con un apoyo institucional y privado que certifican su solidez. La ilusión cosmopolita que invadió a Prados, Hinojosa y Altolaguirre, la brisa artística que, desde Málaga, quisieron expandir por la seca faz del dios ibero, estuvo a punto de morir entre los eriales de la sangre; la ilusión de José María, su memoria, su empeño, sus ideas, la revivieron para que hoy sea el orgullo de la imprenta malagueña.

Recuerdo, José María, tu conversación amable en una tarde de Marbella; como en aquel día, vuelvo a alzar mi copa y brindo; hoy por ti, salud, amigo.

José Luis González Vera